CARTA A LA MADRE

"Mater dulcissima, ahora bajan las nieblas,
las barcas se confunden junto al dique, se amparan,
se manchan los arbustos con el agua, se quedan con la nieve;
no estoy triste en el norte; no estoy
en paz conmigo mismo; mas no aguanto
que nadie me perdone, me deben muchas lágrimas
de hombre a hombre; y sé que no estás bien, que estás viviendo
como todas las madres de los poetas, pobre
y justa con un trozo de ternura
por los hijos lejanos. Hoy soy yo quien te escribe".

Al cabo, tú dirás, un par de líneas
de aquel chico que huyó siendo de noche con un abrigo corto
y algún verso escondido. Pobre mío de corazón tan súbito,
lo matarán un día en cualquier parte.

"Ciertamente, recuerdo, fue desde el muelle gris hoy tan distante
y aquellos lentos trenes que llevaban naranjas y limones
a la orilla del Lura, habitado de patos,
de sal y de eucaliptus. Pero ahora agradezco,
ésto quiero, la ironía, mi madre, que pusiste
sobre mis labios, dulce tal la tuya.
El sonreir aquel me salvó de dolores y de llantos,
y no importa si ahora aún tengo alguna lágrima por tí,
para todos aquellos que como tú no esperan
o no teneis noticias, oh, tú, muerte educada,
no toques el reloj de la cocina que suena en la pared,
cruzó toda mi infancia en ese esmalte
de su esfera, de sus flores pintadas.
No le toques las manos. El corazón no toques a los viejos.
Pero ¿responde acaso alguien ahora? Oh, muerte de piedad,
oh, muerte pudorosa. Adios, querida, adios, mi dulcissima mater".

Salvatore QUASÎMODO

(Traducción de Cayetano Iranzu)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronce, El. #8, 12/1986.